

---

JESÚS DE ANDRÉS SANZ  
(Universidad Nacional de Educación a Distancia)

## *La disolución del Parlamento de septiembre de 1993: ¿un autogolpe en la transición rusa?*

---

El 21 de septiembre de 1993, el Presidente de la Federación Rusa, Borís Yeltsin, hacía público el Decreto nº 1.400, por el que disolvía el Parlamento (tanto el *Soviet* Supremo como el Congreso de Diputados Populares), se apropiaba de los poderes legislativo y judicial, y convocaba un referéndum sobre la nueva Constitución (cuyo definitivo borrador no era todavía conocido) y elecciones parlamentarias para el 12 de diciembre de 1993. Violando claramente el art. 121.6 de la Constitución rusa, según el cual la disolución o congelación de la actividad de cualquier órgano del poder estatal por parte del Presidente anulaba los poderes de éste, con esta acción Yeltsin se situaba fuera de la ley. Al tratar de justificar su actuación, en el mismo decreto, el Presidente ruso alegó:

“Los intentos de la mayoría del *Soviet* Supremo de la Federación Rusa de atribuirse funciones del poder ejecutivo que corresponden al Consejo de Ministros expresan con toda claridad que una parte de su dirección ha empezado a violar abiertamente la voluntad del pueblo, expresada en el referéndum del 25 de abril de 1993 [...] En las condiciones actuales, la única forma de terminar con el antagonismo entre, por una parte, el Congreso y el *Soviet* Supremo y, por otra, el Presidente y el Gobierno, así como para superar la paralización del poder del Estado, es la convocatoria de nuevas elecciones al Parlamento de la Federación Rusa. Estas elecciones del Congreso de los Diputados del Pueblo y del *Soviet* Supremo no incumplen el plazo fijado y por tanto no violan la voluntad del pueblo expresada en el referéndum del 25 de abril de 1993. Además se justifica la celebración de elecciones porque la Federación Rusa es un país nuevo, que vino a ocupar el lugar de la antigua República Federal Soviética de Rusia, una de las quince que formaban parte de la URSS, y se ha convertido en heredera de la URSS tal y como se ha reconocido internacionalmente. Teniendo en cuenta que en la presente Constitución de la Federación Rusa no está previsto el proceso de adopción de una nueva constitución, los partidos políticos, los grupos parlamentarios, los participantes en la Conferencia Constitucional y los representantes de la opinión pública han propuesto en numerosas ocasiones al Presidente de la Federación Rusa establecer cuanto antes la realización de elecciones para el nuevo Parlamento Federal.”<sup>1</sup>

En realidad, como cabía prever, nada nuevo aportaban estos argumentos, ya que todas y cada una de las acusaciones se habían realizado ya antes en los meses anteriores.

---

<sup>1</sup> En A. P. SURKOV (dir.): *Moskova, Osen-93. Ironika protivost oyaniya [Moscú, Otoño del 93. Crónica de un enfrentamiento]*, Respublika, Moscú, 1994, págs. VII-XIII.

Tampoco la acción resultaba una total sorpresa ya que, todavía en mayor grado que el que en 1991 acabó con la URSS, también se trataba de un golpe anunciado.

El autogolpe presidencial de Yeltsin ha sido interpretado, tanto en Rusia como en Occidente, desde distintos puntos de vista, por lo general dependiendo de la valoración previa que de los hechos tenían los propios autores, conformando una visión confusa de lo ocurrido y –sobre todo–, dejando al margen categorías y marcos de análisis académicos. En las siguientes páginas trataremos de apuntar algunas cuestiones básicas necesarias para alcanzar una comprensión cabal de los hechos y realizar una interpretación rigurosa que, como estudio de un fenómeno político en el que se recurre a la violencia, permita su clasificación sin valoraciones *a priori*. Para ello me centraré especialmente en la descripción narrativa de los acontecimientos y en la caracterización de su desarrollo, es decir, de la técnica utilizada.

## I. LOS HECHOS

Las primeras acciones conducentes al golpe <sup>2</sup> comenzaron a organizarse a mediados del mes de agosto de 1993, cuando Yeltsin comenzó a perder el crédito que

<sup>2</sup> La bibliografía sobre el autogolpe de Yeltsin, pese a su extensión, es de un interés desigual. Pueden destacarse las monografías de Bronislav BABAIEV: *Rasstrel Belogo Doma. Sviditelstva ochevidsha: Begiad [Ataque a la Casa Blanca. Testimonio de un testigo: una mirada desde dentro]*, RIO, Ivanovo, 1994; Alexánder BUZGALIN y Andréi KOLGANOV: *Krovavii octaibr v Mosckie. Ironika, Sviditelstva, analiz sobbitii [Octubre sangriento en Moscú. Crónica, testimonio y análisis de los acontecimientos]*, Intervzglaid, Moscú, 1993 (ed. en inglés: *Bloody October in Moscow. Political Repression in the name of Reform*, Monthly Review Press, Nueva York, 1994, traducción de Renfrey Clarke); Anatoli GRESHNIEVIKOV: *Rasstrielainnii Parlament [El bombardeo del Parlamento]*, Ribinskoe Podvorye, Moscú, 1995; Nikolái GULVINSKI y Marina SHAKINA: *Afganistan..., Kreml..., "Lefortovo"...? [Afganistán..., el Kremlin..., "Lefortovo"...?]*, Lada-M, Moscú, 1994 (Lefórtovo es una cárcel de Moscú; N. del A.); Lawrence McDONNELL: *October Revolution*, Spellmount Limited, Essex, 1994; Rinat MUJAMADIEV: *Na raskaliennoi skovorodie: dokumentalnaia poviest [En la sartén al rojo vivo: relato documentado]*, Golos, Moscú, 1997; Eduard OZHIGANOV: *Sumerki Rossii [El crepúsculo de Rusia]*, Ruskii Dvor, Moscú, 1996; A. P. SURKOV (dir.): *Moskva Osen-93...*, cit.; Vladímir VASILIEV, Alexánder BUZGALIN y Andréi KOLGANOV: *Ploshad svobodnoi Rossii [La plaza de Rusia Libre]*, Eriebus, Moscú, 1994; V. I. ZAJARENKOV y M. G. SHUMOV: *Moskovskaya voina [La guerra de Moscú]*, Sviet, Moscú, 1994; A. ZIEVIELIEV e Y. PAVLOV: *Raskolotaya vlast. 14 dnei i nochei grashdanskoi voini v Moskvie osenvio 1993 goda [El poder escindido. 14 días y noches de guerra civil en Moscú, otoño de 1993]*, Rosspen, Moscú, 1995.

Trabajos que se han detenido en los acontecimientos son los de Mark GALEOTTI: *The Age of Anxiety. Security and Politics in Soviet and Post-Soviet Russia*, Longman, Nueva York, 1995, págs. 163 a 172; Borís KAGARLITSKI: *La desintegración del monolito*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1995, págs. 167 a 172; John LÖWENHARDT: *The Reincarnation of Russia. Struggling with the Legacy of Communism, 1990-1994*, Longman, Essex, 1995, págs. 110 a 142; Lev OSTERMAN: *Intelligentsia i vlast v Rossii, 1985-1996 gg. [Intelligentsia y poder en Rusia, 1985-1996]*, Monolit, Moscú, 2000, págs. 275 a 289; Jonathan STEELE: *Eternal Russia*, Faber & Faber, Londres, 1994, págs. 371 a 387; Carlos TAIBO: *La explosión soviética*, Espasa, Madrid, 2000, págs. 196 a 201; y *La Rusia de Yeltsin*, Síntesis, Madrid, 1995, págs. 16 a 24; Alexánder ZINOVIEV: *Post-kommunisticheskaya Rossia [La Rusia postcomunista]*, Respublica, Moscú, 1996, págs. 85 a 150; y *La caída del imperio del mal*, Bellaterra, Barcelona, 1999, págs. 161 a 172. Entre las memorias, cabe destacar las de Ruslán JASBULÁTOV: *Velikaya Rossiiskaya tragedia [La*

había conseguido tras el referéndum de abril de ese mismo año, y después de comprender que éste no había zanjado su conflicto con el Parlamento. Aunque ya se habían barajado y puesto en marcha distintos proyectos en los meses anteriores, no sería hasta este momento cuando Yeltsin se decidiera a pasar a la acción con todas las consecuencias. El 12 de agosto, en un encuentro con distintos medios de comunicación rusos, Yeltsin anticipó que septiembre sería el mes decisivo para pasar a la acción, debiendo aprovecharse el tiempo que restaba en “preparar la artillería”; unos días después, coincidiendo con el segundo aniversario de agosto de 1991, afirmó tener un plan de acción que se extendería hasta noviembre. La propia destitución del Vicepresidente Rutskói, notificada el 1 de septiembre, formaba parte del plan anunciado, sobre el que tantas acusaciones mutuas se habían lanzado unos y otros <sup>3</sup>.

Los meses transcurridos desde 1991 habían sido meses de continuo desencuentro entre quienes, en su momento, habían sido aliados radicales enfrentados a Gorbachov y a los conservadores que ejecutaron el golpe de agosto de 1991. Los momentos álgidos de dicho conflicto coincidieron con la celebración del VI Congreso de los Diputados Populares de Rusia [en adelante, CDP], en abril de 1992, al cabo del cual Yeltsin amenazó por primera vez con realizar un referéndum popular; con el VII CDP, en diciembre de ese mismo año, donde tras ser rechazado Gaidar como Jefe del Gobierno, Yeltsin recurrió de nuevo a la amenaza que, en esta ocasión, además de la recurrente del referéndum incluía la posibilidad de disolución del propio Congreso; al primer intento efectivo de liquidación del legislativo realizado el 20 de marzo de 1993, anunciando en televisión la asunción de poderes especiales, la convocatoria del referéndum y la invalidación de las disposiciones contrarias a las del Presidente; y a tantos otros momentos de tensión constante y confrontación directa vividos desde la desaparición de la URSS. Yeltsin y los grupos que le rodeaban (los liberales cercanos a Gaidar, los *industrialistas* liderados por Chernomirdin y buena parte de los cuadros que habían seguido al Presidente desde su ciudad natal de Svierdlovsk –la actual Yekaterinburgo–) habían considerado la posibilidad de una salida inconstitucional en distintas ocasiones. El autogolpe de Fujimori en Perú, en 1992, sentó un precedente de golpe de Estado a imitar que los más cercanos colaboradores de Yeltsin analizaron con precisión. Búrbulis, uno de los más estrechos colaboradores del Presidente, estudió, tras el VII CDP, las distintas posibilidades que una acción semejante planteaba en Rusia. De hecho, la declaración del 20 de marzo constituyó un anticipo de autogolpe que no cuajó

---

*enorme tragedia rusa*], 2 vols., SIMS, Moscú, 1994; Alexánder LÉBED: *Za dershavy obidno... [Siento pena por la gran potencia...]*, Moskovskaya Pravda, Moscú, 1995; Alexánder RUTSKÓI: *O nas i o siebe [Sobre nosotros y sobre mí mismo]*, Nauchnaya Kniga, Moscú, 1995; Lev SUJANOV: *Yeltsin*, Destino, Barcelona, 1994; Borís YELTSIN: *Sapiski presidenta [Las memorias del presidente]*, Ogoniek, Moscú, 1994. El vídeo *Russkaya taina [Secreto ruso]*, dirigido por Viacheslav TUONOV en 1996 y premiado en distintos certámenes cinematográficos, analiza pormenorizadamente lo ocurrido y aporta un material audiovisual de primera mano; otro vídeo, *Oktaibr 93g. [Octubre del 93]*, producido por, entre otros, A. NEVZÓROV y S. GOBORIUIJIN (no consta fecha), es un documento que, aunque con una interpretación más partidista, también ofrece importante información.

<sup>3</sup> “Todos sabíamos que Yeltsin preparaba un golpe de Estado. De hecho había dado numerosas señales de ello. A nosotros no nos preocupaba porque quien se pondría fuera de la ley era él, a nosotros nos acompañaba la razón y el derecho” (Ruslán Jasbulátov, entrevista personal, Moscú, noviembre de 1996).

por las dudas surgidas en el mismo entorno presidencial y por los riesgos que entrañaba para el propio Presidente el quedar voluntariamente fuera de la ley.

Tras el referéndum de abril, y al comprobar que no se avanzaba en la eliminación del adversario, la acción se planificó con más detenimiento y decisión <sup>4</sup>. Esta vez se ataron bien todos los cabos, se confirmaron apoyos y lealtades y se procedió a ejecutar el autogolpe de forma decidida, conscientes de que una acción de este tipo no permite retroceder una vez que se ha emprendido. Al contrario que en marzo, no se cometieron errores ni se trató de tantear la situación: el golpe se anunció en televisión a las 20 horas del 21 de septiembre y el Decreto presidencial no tardó en hacerse público, apareciendo al día siguiente en buena parte de los periódicos. Por las características del golpe, la acción en sí era mínima: no implicaba salida de tropas en la calle, y bastó con asegurar el apoyo de los militares y reforzar la presencia policial en las inmediaciones del Parlamento. Al tener Yeltsin ya el control del aparato estatal tampoco era necesario tomar edificios ni instituciones, bastaba con ignorar al Parlamento y esperar a que, desanimado, se rindiera ante la evidencia de los hechos. Previamente se había confirmado también la lealtad de los principales ministros del Gobierno, especialmente la de aquellos que tenían mando sobre tropas (Defensa, Interior y Seguridad), y la comprensión de la comunidad internacional, sobre todo la de Estados Unidos. La única amenaza, tal y como se desprendía de las enseñanzas de agosto de 1991, podía surgir de un eventual apoyo popular a los diputados. Esta vez, sin embargo, no había tanques que rodearan el edificio de la Casa Blanca y sí una discreta vigilancia policial.

La radio y la prensa, controladas como estaban por el Gobierno o por la oposición, ofrecieron una visión partidista y deformada de los hechos, bien suavizando la información política e ignorando la gravedad de lo ocurrido, bien caldeando la situación para provocar un levantamiento popular en defensa del Parlamento <sup>5</sup>. En

---

<sup>4</sup> Según ironiza Jasbulátov, “la experiencia de Yeltsin era grande”, refiriéndose no sólo a la derivada de su protagonismo en agosto de 1991, sino a las acciones ilegales desarrolladas por el presidente ruso durante su mandato (Ruslán Jasbulátov, entrevista personal, Moscú, noviembre de 1996).

<sup>5</sup> Tan sólo la prensa internacional, en un primer momento, supo ser equidistante en la valoración de lo ocurrido. A los pocos días del autogolpe, sin embargo, se impuso el criterio de apoyar a Yeltsin como mal menor, lo que modificó en parte algunos planteamientos inicialmente críticos. Al respecto, aunque sin pretender otorgarle más importancia que la del simple ejemplo, pueden compararse estos dos editoriales del diario *El País*:

“Borís Yeltsin ganó el poder encabezando la resistencia a un golpe comunista (el de agosto de 1991) y quiere conservarlo con otro golpe, éste contra un Parlamento heredero del viejo poder comunista y opuesto a su política de reformas capitalistas. Técnicamente, por tanto, es tan golpista como los Yázov, Kriuchkov, Yanáiev o Pávlov, que hace poco más de dos años defendieron la supervivencia de la Unión Soviética con tal acierto que ésta saltó en pedazos. La Constitución deja muy claro que si el presidente ‘disuelve o congela la actividad de cualquier órgano de poder estatal legítimamente elegido’, pierde el poder de inmediato. Yeltsin lo ha hecho. Uno de sus dos grandes rivales, el vicepresidente Alexander Rutskói, tiene base legal para declararse jefe del Estado. El otro, el jefe del Parlamento, Ruslán Jasbulátov, también la tiene al no admitir el decreto” (*El País* de 22 de septiembre de 1993).

“Violar una Constitución caduca que ni siquiera prevé algo tan elemental como unas elecciones anticipadas, y hacerlo para ajustar a la realidad la representación parlamentaria

cuanto a la televisión, no tardó en hacer público su sometimiento al Presidente. El día 22 censuró un programa de información parlamentaria y en sus informativos apoyó directamente a Yeltsin. Por su parte, la prensa más radical fue censurada a partir del segundo día. El diario *Rossiskaya Gazeta*, órgano de prensa del *Soviet Supremo*, fue cerrado, sus cuentas bancarias bloqueadas, y el número que tenían preparado para distribuir el día 24 destruido.

Tras hacerse pública la acción golpista, el Parlamento se reunió urgentemente y, de acuerdo con la Constitución rusa, destituyó de manera fulminante al presidente Yeltsin de su cargo por haber violado el texto constitucional<sup>6</sup>. A continuación, resolvió entregar los poderes presidenciales al Vicepresidente Rutskói, cuya destitución por parte de Yeltsin no había sido aceptada por el Parlamento. Instantes después, Rutskói juraba su cargo como Presidente ruso pidiendo, en su primera intervención, la celebración inmediata de elecciones presidenciales. En su primer Decreto invalidó el 1.400 de Yeltsin. Por su parte, el Tribunal Constitucional, que había jugado un ambiguo papel de apoyo alternativo a Yeltsin y al Parlamento, decidió esa misma noche del 21 de septiembre, por diez votos a favor y cuatro en contra, declarar ilegal la acción de Yeltsin.

Como ya se ha señalado, debido a las particularidades del golpe, no hubo presencia militar alguna en las calles y tan sólo pudo apreciarse un mayor refuerzo de la policial en los alrededores de la Casa Blanca, sede del Parlamento. Según el Decreto de Yeltsin, hasta que no se formara el nuevo Parlamento anunciado (bicameral y más reducido) las únicas normas con validez serían las emanadas de los decretos presidenciales y del Gobierno. Sin involucrar al ejército pero asegurándose su neutralidad y su disposición a no intervenir, Yeltsin dejó la organización logística de lo que pudiera surgir en manos del ministro del Interior, Víctor Yerin, uno de los miembros del Gobierno que mantenía un duro enfrentamiento con el Parlamento. Yeltsin, que había informado de su acción a los distintos jefes de las fuerzas armadas, se aseguró la lealtad de importantes unidades cercanas a Moscú. Los parlamentarios, conscientes de que las autoridades militares estaban con Yeltsin, buscaron el apoyo de determinados generales y unidades. En los días siguientes visitarían distintos centros militares con el fin de intentar atraerles a sus posiciones y de asegurar su defensa. El liderazgo de Rutskói, un reconocido militar con amplia experiencia y defensor a ultranza de los militares rusos, atraía a buena parte de los oficiales que, en los últimos meses, habían visto como Yeltsin incumplía sus promesas y su nivel de vida descendía. Sin embargo, para los militares, a los que Yeltsin tan sólo había pedido su neutralidad (es decir, su no intervención), era más sencillo no hacer nada que pasar a la acción directa, máxime con los antecedentes de 1991. Una de las primeras acciones del Parlamento tras conocerse el decreto de Yeltsin fue la de nombrar a un nuevo Ministro

---

de un país que desde 1990, fecha de elección del Parlamento ahora disuelto, ha dado varios saltos mortales, no puede considerarse una aberración [...] Así, a pesar de las reticencias que pueda haber, hay que admitir que el golpe de mano del presidente abre el camino hacia la normalización democrática al desbloquear una situación insostenible y forzar unas elecciones que pueden renovar profundamente las instituciones” (*El País* de 27 de septiembre de 1993).

<sup>6</sup> 144 parlamentarios votaron a favor, tan sólo se produjeron seis abstenciones y ningún voto en contra (*Izvestia* de 22 de septiembre de 1993).

de Defensa para tener acceso directo al generalato sin interferencia alguna. De esta forma, Pável Grachov fue sustituido, en el Gobierno paralelo que estaba conformando el Parlamento, por Víctor Baránnikov. A su vez, el Ministro de Seguridad, Nikolái Golushko, fue sustituido por Vladislav Achalov, y el de Interior, Víctor Yerin, por Andréi Dunaiev. En realidad, de poco sirvieron estos nombramientos, más allá de consolidar la dualidad del poder en esos momentos, ya que el acceso de los recién nombrados a posiciones con control ejecutivo era ficticio. El día 22 el Parlamento votó a favor de solicitar ayuda y protección a las unidades militares. Grachov, por su parte, hizo sus primeras declaraciones anunciando que el ejército apoyaba al presidente Yeltsin, a cuyas órdenes se sometería de forma exclusiva.

En las distintas repúblicas y territorios rusos la situación devino más complicada para Yeltsin. En líneas generales, los jefes de la Administración <sup>7</sup> se alinearon junto al Presidente, mientras que los *soviets* lo hicieron con el Parlamento. Sin embargo, algunas repúblicas criticaron la acción presidencial. Bashkiria y Buriatia condenaron el autogolpe; Karelia se pronunció en contra del enfrentamiento; otras como Yakutia demoraron pronunciarse alegando no haber recibido el Decreto; y buena parte de los territorios decidió esperar a ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Las repúblicas, provincias y demás territorios habían seguido de cerca el debate constitucional ya que en él se decidiría la estructura territorial del Estado y, por tanto, el papel que jugaría cada uno de ellos en el futuro. En los meses anteriores, Yeltsin había intentado en todo momento ganarse la confianza de los territorios realizando distintas promesas en forma de competencias, incrementos de las cotas de poder, autonomía, etc. La ruptura violenta del marco político, y la certeza de que el nuevo texto constitucional sería impuesto, dejaba en una condición precaria a las repúblicas que, sin embargo, no estaban dispuestas a renunciar a cuanta ventaja pudieran obtener del centro. Así, la única baza que les quedaba a los territorios era la de presionar, intercambiando su apoyo al Presidente en la actual situación crítica por concesiones de éste en la inmediata Constitución. De ahí las vacilaciones e indefinición de algunas repúblicas. A los pocos días de emprender Yeltsin su acción anticonstitucional, los representantes de 28 territorios firmaron un ultimátum para que las elecciones parlamentarias que había anunciado el Presidente se completaran con la celebración simultánea de presidenciales. En el caso de Chechenia, que sorprendentemente apoyó a Yeltsin, el comportamiento se explica por el énfasis centralista y contrario a cualquier tipo de modificación territorial que el Parlamento había exhibido desde la desaparición de la Unión Soviética. Además, el líder checheno, Yojar Dudáiev, no sólo estaba enfrentado al jefe del Parlamento, Jasbulátov, también checheno, sino que consideraba a los grupos nacional-patrióticos, que defendían un integrador nacionalismo ruso y habían apoyado una intervención armada directa en Chechenia, como sus más directos enemigos.

Al igual que en 1991, y en buena medida imitando lo ocurrido entonces, a las pocas horas de hacerse público el decreto de Yeltsin cientos de manifestantes comenzaron a congregarse en torno al Parlamento. El primer día unas dos mil personas se acercaron a la explanada existente frente a la “Casa Blanca”. En esta ocasión no había tanques sobre los que subirse ni soldados a los que arengar. La acción de los concentrados, por tanto, se ciñó a la construcción de barricadas que evitaran un eventual

---

<sup>7</sup> Representantes del poder presidencial en los distintos territorios. Estos representantes, figura creada por Yeltsin para asegurar su control en las repúblicas y provincias, actuaban como auténticos gobernadores regionales.

intento de asalto a los diputados congregados en el interior. Salvo los grupos que se concentraron frente al Parlamento, una confusa amalgama de nacionalistas rusos, comunistas y fascistas del grupo *Pamiat*, en la mayoría de la población, en Moscú y en mayor medida en el resto del país, el sentimiento predominante fue de indiferencia. Entre los manifestantes apostados frente a la “Casa Blanca” la media de edad era bastante elevada; se trataba por lo general de nostálgicos del pasado soviético y perjudicados por las reformas. En contraste con 1991, donde había un ambiente festivo y dominaba la gente joven, la actitud de los concentrados era bastante escéptica, a medio camino entre la inquietud y la incertidumbre. De hecho, al no acudir nadie al Parlamento, su acción no tenía más sentido que la de demostrar su oposición a la jugada golpista de Yeltsin.

Aparentemente ajeno a la movilización, Yeltsin continuó preparando el calendario electoral, dando por hecho que la rendición del Parlamento era cuestión de horas. Ignorando todas y cada una de las disposiciones parlamentarias, Yeltsin comenzó la elaboración de un nuevo sistema electoral, aceleró la redacción definitiva del texto constitucional y alentó la creación de partidos políticos que compitieran en las elecciones parlamentarias previstas –tal y como anunciara el día 23–, para el 12 de diciembre. El hecho de que no existiera un órgano legislativo que aprobara, por ejemplo, la nueva ley electoral, daba cuenta de la precaria situación institucional en que se encontraba el país: un sistema en el que el Presidente movía todos los resortes políticos.

Por su parte el Parlamento, que en un primer momento había reunido urgentemente a su *Soviet* Supremo, organizó una reunión del Congreso de los Diputados Populares que pudo abrirse en la noche del día 23 de septiembre. A ella acudieron en torno a 650 diputados, un *quórum* insuficiente que fue salvado porque el día anterior el *Soviet* Supremo había privado a distintos diputados de su mandato por situarse fuera de la ley al apoyar a Yeltsin. La primera decisión de esta reunión extraordinaria, que vendría a ser un X Congreso, fue votar la destitución de Yeltsin, que fue aprobada por 636 votos frente a 2 en contra. Más allá de esta acción de nuevo desafío, demostrando su capacidad organizativa y la amplia oposición de los diputados a la acción de Yeltsin, poco más pudieron hacer que seguir resistiendo como testimonio de su postura. De los más de mil diputados con que contaba el CDP, muchos de ellos se habían descolgado por estar radicalmente en contra del papel adoptado en los últimos meses; otros muchos, que pasaban por moderados partidarios de las reformas, radicalizaron su postura de oposición a Yeltsin conforme éste fue cerrando el campo de acción del Parlamento. La continua acusación de tratarse de un Congreso que había sido elegido estando todavía la Unión Soviética todavía en pie no se mantenía en modo alguno ya que también lo había sido Yeltsin en idénticas circunstancias. Una y otra elección, la del Congreso de Diputados Populares de Rusia, en marzo de 1990, y la del presidente de la Federación Rusa, en junio de 1991, habían sido plenamente democráticas y realizadas con una transparencia inédita hasta entonces en el sistema soviético. De hecho, al frente del CDP de Rusia se situó el propio Yeltsin, que utilizó el Congreso de plataforma para conseguir la Presidencia y que fue el primer Presidente del mismo, antes que Jasbulátov.

Establecidos los términos de la partida que unos y otros jugaban, la ventaja para Yeltsin era notoria. La inmensa mayoría de los actores con recursos de poder estaba de su lado. También lo estaba el apoyo internacional, el de los medios de comunicación e incluso, a los ojos de éstos, el de la legitimidad que le otorgaba su coartada democrática. A los parlamentarios, por su parte, les asistía la legalidad y la defensa de los principios constitucionales rusos. Flaco favor les hacían, por contra, sus seguidores: un variopinto

conglomerado de resonancias zaristas y soviéticas poco caracterizado por defender principio democrático ni liberal alguno <sup>8</sup>. Rápidamente, sin embargo, los defensores del Parlamento –en especial los grupos más ideologizados y más combativos–, fueron capaces de vislumbrar que, en caso de no producirse una modificación del equilibrio de fuerzas, en los términos en que transcurrían las cosas, no tardarían en perder definitivamente. Los objetivos que se fijaron a partir de este momento fueron dos: conseguir la movilización del ejército –meta en la que se centraron los diputados, especialmente Ruskói–, o provocar un levantamiento popular que invirtiera las cosas al obligar al Gobierno a pasar a la acción, una acción que, esperaban, se volviera contra éste. Los grupos más radicales, líderes de pequeños partidos bolcheviques, conservadores de corte soviético y agitadores profesionales, se pusieron manos a la acción. La primera maniobra tuvo lugar en la noche del día 23, cuando un grupo de hombres armados intentó asaltar el cuartel general de las fuerzas armadas unificadas de la Comunidad de Estados Independientes. En la refriega resultaron muertos un policía y una mujer que vivía en los alrededores del cuartel. Al día siguiente fue detenido el coronel Víctor Térejov, destacado militar reaccionario que copresidía el Frente de Salvación Nacional y que había adquirido notoriedad al frente de la Unión de Oficiales, grupo conservador opuesto, desde antes de la caída de la URSS, a cualquier tipo de reforma. Junto a él, otras nueve personas fueron detenidas. La acción, sin conseguir el objetivo que pretendía, sirvió para agitar la situación. Enseguida comenzaron a circular rumores sobre un posible asalto a la “Casa Blanca” esa misma noche que, sin embargo, no se cumplirían.

Los primeros escauceos dieron pie a que Yeltsin reforzará la vigilancia del Parlamento estrechando el cerco policial que rodeaba al mismo. El día 24 se incrementó la presencia de las fuerzas de seguridad y se controlaron los accesos a la “Casa Blanca” con el fin de impedir que se sumaran nuevas fuerzas a los concentrados, que en algunos casos llegaban a exhibir armas. Un día después, Ruskói, convencido de la necesidad de movilizar a sus seguidores para evitar la derrota, salió a la calle con un megáfono, intentando imitar al Yeltsin de agosto de 1991, realizando un llamamiento especialmente dirigido a los militares y a la policía. Ante esta situación, Yeltsin reaccionó como habitualmente había venido haciendo en otros momentos similares: convocando una manifestación que contrarrestara a los que a él se oponían. En torno a 15.000 personas se manifestaron el día 26 por las calles de Moscú en una tranquila demostración de apoyo al Presidente Yeltsin y en contra del Parlamento. Sin embargo, Yeltsin no supo ver que en esta ocasión no se trataba de conseguir más manifestantes que el rival, sino que la maniobra de sus opositores tan sólo pretendía un estallido social, directamente o generando una dinámica de represión que diera lugar a una incontrolada reacción social.

---

<sup>8</sup> Al respecto, Jasbulátov dice lo siguiente:

“Nosotros no decidimos nuestros apoyos. A la defensa del Parlamento acudieron grupos de todo tipo. Aunque es cierto que hubo algunos poco recomendables, en esa hora no podíamos rechazar la ayuda de nadie, viniera de quien viniera. Lo importante es que la legalidad estaba con nosotros.”

(Ruslán Jasbulátov, entrevista personal, Moscú, noviembre de 1996).

El refuerzo de los controles sobre el Parlamento, que fue rodeado con alambre de espino y la presencia de miles de policías, provocó distintos enfrentamientos entre los congregados en torno a las barricadas y las fuerzas de seguridad. A lo largo del día 28, al cumplirse una semana desde el pronunciamiento de Yeltsin, se produjeron altercados entre manifestantes que apoyaban a los parlamentarios y policías en toda la ciudad, no sólo alrededor de la “Casa Blanca”. A los diputados encerrados en la sede del Parlamento se les dio un ultimátum para que abandonaran el edificio. Además, se cortaron los suministros de luz y agua del edificio, quedando éste sin calefacción y a oscuras. Muchos diputados, al complicarse la situación, se marcharon del escenario, quedándose en la “Casa Blanca” los parlamentarios más extremistas, buena parte de los cuales superaba a Jasbulátov y a Rutskói en su grado de radicalidad. Uno de los principales líderes en esos momentos fue el general retirado Albert Makashov <sup>9</sup>, quien se encargó de la defensa armada del edificio.

Ante la falta de una solución a corto plazo, los problemas planteados por los líderes regionales fueron cada vez a más. Representantes de 62 territorios, en su mayor parte representantes de los respectivos poderes legislativos, reunidos en Moscú el 30 de septiembre con el apoyo del Tribunal Constitucional, exigieron la vuelta a la situación legal existente antes del golpe y la celebración anticipada y conjunta de elecciones parlamentarias y presidenciales para el primer trimestre de 1994. Siberia, por su parte, amenazó con crear una república autónoma y dar los primeros pasos hacia la independencia de Moscú. Al complicarse la situación, Yeltsin aceptó la mediación con el Parlamento ofrecida por la Iglesia Ortodoxa. El inicio de negociaciones a lo largo del día 1 de octubre permitió que la “Casa Blanca” recuperara la luz, el agua y la calefacción; sin embargo, la negativa de los encerrados en su interior a entregar las armas dio pie a que se les cortara el suministro de nuevo. Pese a todo, en la búsqueda de una salida no violenta al conflicto, las negociaciones continuaron. La situación para Yeltsin era cada vez más complicada: se había ganado la lealtad del ejército gracias a la promesa de que no sería necesaria su intervención, sin embargo, la resistencia del Parlamento impedía una salida pacífica; una solución negociada, como la que intentaba articular la Iglesia Ortodoxa, suponía ceder en numerosos aspectos y, en buena medida, reconocer su derrota; por otra parte, la insubordinación de los territorios amenazaba con complicar aún más las cosas. De esta forma, la acción de los grupos más alborotadores, en especial la de los comunistas radicales liderados por Víctor Anpílov y la de los nacionalistas extremistas dirigidos por Iliá Konstantínov, que perseguía invertir la situación, sería la coartada final que permitió convencer al ministro de Defensa, Pável Grachov, de la necesidad de una intervención armada <sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Sobre su reconocida fama de potencial golpista véase Pilar BONET: “¿Un Tejero soviético?”, en *El País* de 26 de junio de 1990.

<sup>10</sup> El testimonio de Anpílov es esclarecedor (Víctor Anpílov, entrevista personal, Moscú, diciembre de 1996):

“Yo era el diputado del *soviet* de Moscú y tenía obligación de defender la ley, por eso me levanté contra la orden de Yeltsin, que pisoteaba la Constitución, que deshacía órganos legales como el Soviet Supremo de Rusia, y me fui a proteger el *Soviet* Supremo con mis compañeros de partido. Estuve en las barricadas hasta el día 29 de septiembre. Cuando Rutskói comenzó a negociar con la Iglesia y con Yeltsin le pregunté si habría armas para el pueblo, si no, yo me iría a levantar a Moscú. El día 30 ya estaba en las fábricas haciendo propaganda para que los operarios apoyaran al *Soviet* Supremo, no lo apoyaron

El día 2 de octubre se produjeron numerosos enfrentamientos en el centro de Moscú entre manifestantes que apoyaban al Parlamento y fuerzas antidisturbios, saldándose con un policía muerto y varios manifestantes gravemente heridos. Los altercados tuvieron lugar a lo largo de todo el día en diferentes zonas de la capital. Cortes de calles, levantamiento de barricadas, o la detención del tráfico en los anillos circulares de Moscú fueron algunas de las acciones desarrolladas <sup>11</sup>. El día 3 continuó la insurrección callejera: los manifestantes se enfrentaron a la policía llegando a romper el cerco que aislaba a la “Casa Blanca”. A primera hora de la tarde, una manifestación, de nuevo dirigida por Anpílov, se dirigió hacia la “Casa Blanca” enfrentándose a los policías que, poco preparados, se parapetaban tras unas débiles barreras. Conforme transcurrió la marcha y según fueron superando la resistencia policial, los manifestantes aceleraron el paso y se apoderaron de numeroso material antidisturbios, incluidos dos camiones arrebatados a las fuerzas de seguridad. Al llegar a la última barrera policial y enfrentarse a ella, la policía comenzó a disparar indiscriminadamente. Sin embargo, también esta barrera fue superada, concentrándose los manifestantes a las puertas del edificio. En ese mismo momento, otra manifestación acudió al asalto del Ayuntamiento moscovita donde fuerzas del Ministerio del Interior se enfrentaron a los manifestantes <sup>12</sup>. En la Casa Blanca, numerosos diputados salieron al balcón (el mismo donde Yeltsin se dirigiera a los concentrados en agosto de 1991) desde el que Rutskói, en torno a las cinco de la tarde, ordenó tomar el Ayuntamiento y *Ostánkino*, la torre de comunicaciones en la que se ubicaba la televisión rusa. Dos horas después, miles de manifestantes, dirigidos por el general Makashov, se dirigieron hacia las instalaciones de la televisión, ubicadas al norte de Moscú, con el fin de hacerse con el control de los medios de comunicación <sup>13</sup>. Durante toda la tarde, ante el cariz que tomaron los

---

porque éste actuó tímidamente, no definía su rostro político, quería continuar las reformas pero sin Yeltsin, y las reformas significaban sólo una cosa: destrucción de la Unión Soviética, destrucción del sistema del poder soviético y el robo del patrimonio del pueblo”.

<sup>11</sup> El organizador de estas manifestaciones fue Víctor Anpílov: “El día dos, nosotros infringimos una dura derrota a la policía en la plaza Smolienskaya. Yo dirigía la insurrección y estoy orgulloso de ello” (Víctor Anpílov, entrevista personal, Moscú, diciembre de 1996).

<sup>12</sup> La acción de Yeltsin, como recuerda Borís Kagarlitski, fue dirigida no sólo contra el *Soviet* Supremo sino contra toda la red de *soviets*, que incluía a barrios, municipios, ciudades. El *soviet* de Moscú se resistió a la acción golpista y, desde un primer momento, el edificio de la alcaldía también se convirtió en un símbolo que, en este caso, debía ser reconquistado. Al respecto, Borís Kagarlitski, entrevista personal, Moscú, diciembre de 1996.

<sup>13</sup> Es interesante el recuerdo que de los hechos realiza Anpílov (Víctor Anpílov, entrevista personal, Moscú, diciembre de 1996):

“El día 3 yo no estaba donde el Parlamento porque, repito, estaba en las calles de Moscú, fuera del cerco. Por eso, cuando nos aproximábamos [la manifestación] cerca del mediodía, a eso de las tres de la tarde, al edificio del *Soviet* Supremo, ya el Ayuntamiento había sido tomado por el pueblo, la alcaldía había sido asaltada y tomada. Rutskói dio la orden de dirigirse hacia el centro de televisión de Ostánkino. No tenía yo más remedio que reunirme con los compañeros que iban allí, entusiasmados, dando gritos de victoria; bueno, fue quizás mi error, pero cuando llegamos todo estaba claro: el centro de televisión estaba controlado por gente armada, asesinos cualificados, y yo, claro, comencé a hacer propaganda para prohibir cualquier tipo de provocación para que no hubiera fuego.

acontecimientos, Yeltsin intentó que el ejército pasara a la acción, algo que no se produjo hasta última hora de la noche. También estuvo en contacto con otros países occidentales, especialmente con los Estados Unidos, quienes se mostraron partidarios de los planes en marcha. Yeltsin puso todo su empeño en convencer a las fuerzas armadas a través de su ministro de Defensa, Grachov, quien finalmente aprobó que determinadas unidades salieran de sus cuarteles con el objetivo de dar fin al conflicto. La decisión final fue tomada tras una reunión a la que asistieron Yeltsin y Chernomirdin, por un lado, y Grachov y algunos generales miembros de la cúpula militar, por otro. A partir de este momento, se controló el intento de toma de la televisión y se inició el asalto al edificio parlamentario.

La operación militar contra el Parlamento, dirigida personalmente por el propio Grachov desde las cercanías del edificio, comenzó a las siete de la mañana del día 4 de octubre <sup>14</sup>. Carros de combate y tropas de la división acorazada Tamánskaya, paracaidistas de la división de Tula y tropas del ministerio del Interior (de la división Dzherzhinski, así como tropas especiales) rodearon la “Casa Blanca” y comenzaron a disparar con el fin de que la plaza fuera abandonada. Algunos tanques derribaron las barricadas levantadas por los manifestantes y entraron en el espacio que éstos habían ocupado. Los cañonazos de los tanques al edificio parlamentario iniciaron un fuego del mismo que fue retransmitido en directo a buena parte del mundo a través de las cámaras de la cadena norteamericana CNN. A las nueve de la mañana, comenzado el ataque, Yeltsin apareció en televisión anunciando la inmediata derrota de los, para él, sublevados. En su intervención televisiva anunció el establecimiento del estado de excepción y las medidas tomadas, que comprendían la prohibición de diecisiete grupos políticos (incluido el PCR) <sup>15</sup>, la disolución de los *soviets* de Moscú y el empleo de la censura de prensa (que implicaba el cierre de varios periódicos, entre ellos *Pravda*). A la una y media de la tarde salieron del edificio los primeros grupos de asediados. En torno a las cinco, abandonaron la “Casa Blanca” la mayoría de parlamentarios y de personas que todavía permanecían allí; dos horas después lo hicieron Rutskói, Jasbulátov, Makashov y los ministros nombrados en esos días (Achalov, Baránnikov y Dunaiev). Además de los inquilinos del Parlamento fueron detenidos en los siguientes días centenares de rusos (sobre los 1.500, según cifras oficiales). Mientras que los actores más destacados fueron conducidos a la cárcel de Lefórtovo, en Moscú, el resto fue repartido en distintas comisarías y calabozos, llegándose incluso a utilizar durante unas horas un estadio de fútbol. El número de muertos, sobre el que todavía no hay un

---

Lamentablemente, mis esfuerzos no fueron suficientes. Hubo provocación, hubo disparos de parte de las tropas yeltsinistas, luego contestaron los nuestros y comenzó el tiroteo. Aquello no era un asalto al centro de televisión, era simplemente una matanza, nada más: ma-tan-za. Después de aquella matanza no volví ya, comprendí que la insurrección popular ya se perdió. Entonces les dije a mis compañeros que había que desaparecer de inmediato porque lo demás era sólo sangre inútil”.

<sup>14</sup> Las razones de Grachov para intervenir finalmente (no interferir en la vida política, preservar la unidad del ejército, evitar la acción de unos aventureros...) pueden encontrarse en *Izvestia* de 6 de octubre de 1993.

<sup>15</sup> Finalmente sería autorizado a participar en las elecciones parlamentarias, en buena medida debido a la actitud poco comprometida desarrollada por su líder, Ziuganov.

acuerdo unánime, alcanzó varios centenares <sup>16</sup>. Al día siguiente, el fiscal general ordenó la detención de Víctor Anpílov y del líder nacionalista Iliá Konstantínov <sup>17</sup>. Dos días después, el 6 de octubre, Yeltsin anunció, en un mensaje televisado, la celebración de elecciones parlamentarias el 12 de diciembre. El mismo día, el presidente del Tribunal Constitucional Valeri Zorkin, dimitió de su cargo <sup>18</sup>. También el día 6, Yeltsin anunció la concesión de mayor autonomía para el ejército así como la aprobación inmediata de una nueva doctrina militar. Esta cuestión, sobre la que la cúpula militar había insistido en los meses anteriores, fue una contraprestación negociada que Yeltsin aceptó a cambio de la decisiva intervención militar del ejército en el asalto al Parlamento.

## II. EL DESARROLLO

El desarrollo del golpe de septiembre de 1993 estuvo condicionado por su carácter de autogolpe y por la movilización a que dio lugar <sup>19</sup>. Por no tratarse de un

---

<sup>16</sup> La agencia rusa ITAR-TASS manejó, en los primeros días, una cifra que oscilaba entre los 125 y los 200 muertos. El número oficial definitivo fue de 147 muertos; al respecto, Pilar BONET: *La Rusia imposible. Borís Yeltsin, un provinciano en el Kremlin*, El País-Aguilar, Madrid, 1994, pág. 110. Para los grupos de oposición, una vez que pudieron expresarse, los muertos sobrepasaron los quinientos; al respecto *Konsomolskaya Pravda* de 16 de octubre de 1993.

<sup>17</sup> Anpílov recordaría así su detención (Víctor Anpílov, entrevista personal, Moscú, diciembre de 1996):

“Por la mañana (del día 4) fui a hacer propaganda otra vez a la Academia de las tropas blindadas, sabiendo que el jefe de la Academia en aquel entonces era progresista, comunista, etcétera. Pero ellos también se asustaron, hicieron barricadas a través de los accesos de la Academia y no resultó la conversación. Y cuando yo trataba de establecer el contacto con los militares, ya en aquel entonces comenzaron a oírse cañonazos de los tanques que disparaban al Parlamento ruso. Luego, decidí ir al sur de Rusia y en el camino, en Tula, fui apresado”.

Anpílov sería conducido a Lefórtovo, donde permanecería cinco meses, al igual que el resto de detenidos, hasta ser amnistiados.

<sup>18</sup> El Tribunal Constitucional sería suspendido al día siguiente debido, según Yeltsin, a la dimisión de varios de sus miembros y la próxima aprobación de un nuevo texto constitucional.

<sup>19</sup> Dependiendo de sus características específicas, cabe distinguir entre tres tipos de golpe; tres tipos ideales cuyo cotejo efectivo puede coincidir de manera más o menos ajustada, por lo que en ocasiones hallaremos híbridos de más de un modelo, casos de difícil clasificación y variantes que aparentemente no encajarán entre los propuestos. Estos tres modelos son el “golpe duro”, el “pronunciamiento” y el “autogolpe”. Un “golpe duro” consiste en una acción de asalto al poder que incluye una planificación previa, la toma de determinados edificios neurálgicos, el control de los medios de comunicación, la detención de líderes políticos y/o militares y el despliegue de fuerzas, entre otros. Su objetivo es el de bloquear las posibles defensas gubernamentales controlando cualquier posibilidad de resistencia. Un pronunciamiento implica la búsqueda previa de apoyos y, una vez conseguidos, la manifestación pública del acto de rebeldía con el objetivo de presionar al Gobierno, no siendo necesaria la intervención directa ni desarrollar acciones militares concretas. Por último, un autogolpe, modelo que se ajusta a lo ocurrido en septiembre de 1993, es ejecutado por el máximo detentador del poder. El golpe puede ir dirigido contra una parte del propio Gobierno o contra otro poder del Estado, por lo general el Parlamento. Un autogolpe supone la ruptura de la legalidad vigente y la violación de la Constitución en vigor por parte de los

golpe duro ni de un pronunciamiento no fue necesario poner en marcha mecanismos propios de estos tipos de golpe: detención de líderes, publicación de un manifiesto golpista llamando a la adhesión, toma de edificios estratégicos, presencia militar en la calle, etcétera. Si en agosto de 1991 el golpe se ajustó a un híbrido entre golpe duro y pronunciamiento que incluyó elementos de ambos, en 1993, por el contrario, al estar protagonizado el golpe por la máxima autoridad del Estado no fue necesario sobrepasar a nadie. Tan sólo supuso una ruptura de la legalidad vigente a través de una violación explícita de la Constitución de tal forma que se disolvía el Parlamento para que el Presidente (ejecutor del golpe) se hiciera con el control de todos los poderes. Una vez superada esta primera fase, el autogolpe tendría su extensión en la redacción unilateral de un nuevo texto constitucional, la convocatoria de un referéndum que aprobara el mismo y la formación de un nuevo Parlamento. El trabajo más complejo se realizó en las semanas inmediatas a la ejecución del golpe: la captación de apoyos y neutralidades, es decir la garantía de lealtad de todos aquellos actores que pudieran expresar cualquier tipo de oposición o que, ante la duda, se mantuvieran dentro de la legalidad y, por tanto, desacreditaran el autogolpe.

A lo largo del mes de agosto de 1993, Yeltsin garantizó los apoyos que consideraba necesarios: el más importante y decisivo, que era el de las fuerzas armadas; el de los ministerios militares con mando de tropa (Seguridad, Interior y Defensa); el de la comunidad internacional, especialmente el de las potencias occidentales; el de la mayor parte de los medios de comunicación; etc. Paralelamente, en los dos meses anteriores al autogolpe, Yeltsin había comenzado a perder la ventaja que había conseguido en el referéndum de abril de ese mismo año. La crisis del rublo, cuyos billetes emitidos antes de 1993 fueron anulados por el Banco Central el 24 de julio, incrementó el malestar social, que fue utilizado por el Parlamento para justificar su lucha contra el Presidente. Yeltsin, consciente de que el Parlamento conseguía cada vez más apoyos a cuenta de la desastrosa situación económica y del fracaso de las reformas, decidió llevar a la práctica sus tantas veces repetidas amenazas. De esta forma, el mes de agosto, una vez tomada la decisión, fue el de la preparación efectiva de la acción, que por otra parte no necesitaba de grandes preparativos. Lógicamente, se contó con que el Parlamento trataría de resistirse y con la posibilidad de que recibiera apoyos. La estrategia a seguir en este caso era la del vacío absoluto: no darle importancia, ignorar a los diputados, convencerles de que habían perdido definitivamente y que cualquier tipo de nueva oportunidad para ellos pasaba por ser elegidos en las urnas en el nuevo Parlamento que surgiría de la nueva Constitución <sup>20</sup>. Al no tratarse de un golpe duro no habría presencia alguna de tropas en la calle, no se tomaría el Parlamento, no habría medidas especiales... La normalidad aparente y el paso de las horas provocaría, según los planes del entorno presidencial, la caída de los resistentes. De hecho, el Decreto de Yeltsin no se proclamó de madrugada ni en un fin de semana, como recomiendan los *manuales* golpistas <sup>21</sup>, sino que se anunció un martes a las ocho de la tarde en la

---

máximos poderes del Estado. He desarrollado estas y otras cuestiones en Jesús DE ANDRÉS: *El voto de las armas*, Catarata, Madrid, 2000.

<sup>20</sup> Aunque, paradójicamente, las elecciones parlamentarias y el referéndum de la nueva Constitución, que articularía el nuevo Parlamento, se celebraron el mismo día.

<sup>21</sup> Edward LUTTWAK: *Coup d'État. A Practical Handbook*, Harvard University Press, Cambridge, Ma., 1995 (ed. original de 1968); Gregor FERGUSON: *Coup d'État: A Practical*

televisión y, salvo una ligera presencia policial en los alrededores del Parlamento, al que rápidamente comenzaron a llegar los parlamentarios y los primeros manifestantes, no se tomó medida de excepción alguna. No se impidió el acceso al edificio de la “Casa Blanca” ni se retuvo a ninguno de los líderes parlamentarios, como tampoco se impidió la concentración de manifestantes que previsiblemente tendría lugar. Las pocas medidas excepcionales tomadas en las primeras horas tras el golpe irían dirigidas a controlar la batalla informativa: censurando algunos programas televisivos, modificando las programaciones en la televisión y en la radio y, especialmente, prohibiendo determinadas publicaciones de prensa afines a los parlamentarios <sup>22</sup>.

La única amenaza para la acción de Yeltsin podía proceder –y esta era una de las lecciones del golpe de agosto que sin duda se tuvo en cuenta en el entorno presidencial–, de una expresión popular desbordada de apoyo a los parlamentarios que obligara a retroceder. A lo largo de la noche del día 21 de septiembre y en todo el día 22 se congregaron ante las puertas del edificio del Parlamento cientos de manifestantes <sup>23</sup>. Aunque en todo momento estuvieron presentes los acontecimientos de 1991, ya que era el mismo Parlamento ruso, integrado por los mismos diputados, y el mismo edificio –la denominada “Casa Blanca”–, en esta ocasión no había tanques a los que ofrecer resistencia. Siguiendo con el recordatorio del golpe de agosto, los concentrados frente al edificio parlamentario levantaron a lo largo del día 22 numerosas barricadas para impedir un eventual ataque (que no estaba, ni mucho menos, preparado). Tal y como habían previsto en el entorno presidencial, los manifestantes no fueron un número lo suficientemente alto como para condicionar la evolución de los acontecimientos y, además, su oscura condición venía a perjudicar a los propios parlamentarios reunidos en el interior de la “Casa Blanca”. Los manifestantes estaban compuestos por un variopinto grupo de nacionalistas rusos (muchos de ellos disfrazados de cosacos, otros con ropajes de la Iglesia Ortodoxa, algunos más con uniformes militares de la época zarista), fascistas (en su mayoría del grupo extremista y antisionista *Pamiat*, nacionalsocialistas rusos con toda la parafernalia de uniformes y correaes) y ultracomunistas de diversa condición. Los pocos grupos de ciudadanos comunes, militantes o no en partidos de oposición, que se acercaron a apoyar a los representantes de la legalidad y a expresar su oposición a la evolución que los acontecimientos tomaban en la Rusia independiente se marcharon rápidamente al comprobar la inutilidad de su acción. Tan sólo algún grupo disperso de jóvenes ideológicamente concienciados, o de nostálgicos del pasado, por lo general personas de edad mayor, permaneció junto al circo establecido a las puertas del Parlamento <sup>24</sup>. Esta circunstancia, remarcada por los medios de comunicación, dio la razón a los planes presidenciales. De hecho, Yeltsin continuó con su agenda normal de trabajo e inmediatamente comenzó a preparar el calendario electoral, ignorando conscientemente que el Parlamento no se había rendido.

---

*Manual*, Sterling, Nueva York, 1987; y Bruce W. FARCAU: *The Coup: Tactics in the Seizure of Power*, Praeger, Westport, Ct., 1994.

<sup>22</sup> Como el diario *Rossiskaya Gazeta*, órgano de prensa del Soviet Supremo del Congreso de los Diputados del Pueblo, que fue cerrado el día 24; eso sí, una vez comprobado que la resistencia era mayor de la esperada.

<sup>23</sup> Aunque no hubo cifras oficiales, la prensa internacional –la única objetiva en ese momento– calculó que los concentrados se aproximaban a los dos mil.

<sup>24</sup> Alexándér Buzgalin, entrevista personal, Moscú, diciembre de 1996.

El recurso a la movilización, desde el momento en que se comenzó a liberalizar el sistema soviético, estuvo en manos del sector más cercano a Yeltsin, de los radicales, que lo utilizaron en su enfrentamiento con los grupos conservadores del PCUS. Tanto las movilizaciones urbanas, principalmente en Moscú y Leningrado, como el movimiento minero y, en menor medida, el nacionalista, fueron utilizados inteligentemente y partidistamente para apoyar la promoción de las *élites* radicales. Los conservadores, atezados por su deseo de mantener el orden soviético tal y como había sido hasta entonces, no sólo no llamaron a la movilización (a pesar de disponer un recurso importantísimo como era la propia organización del Partido) sino que se opusieron a ella. Tan sólo en el año crucial de 1991 se vieron las primeras manifestaciones de corte conservador opuestas a las desarrolladas desde hacía años por los grupos radicales. La desaparición de la Unión Soviética y la ruptura de los radicales entre *yeltsinistas* y *antiyeltsinistas* aumentó el grado de movilización de las fuerzas de oposición, que tenían amplia experiencia en algunos casos (los que habían estado del lado de los radicales en todo momento) o que se habían incorporado a última hora (como ocurrió con los grupos conservadores que se unieron a los grupos radicales opuestos a Yeltsin). En líneas generales, sin embargo, la movilización, tras la desaparición de la URSS y la llegada de Yeltsin a la presidencia de Rusia, había descendido notablemente. Por tanto, cuando se produjo el autogolpe de septiembre cabe destacar que la movilización popular ya no jugaba un papel activo tan importante como el que pudo jugar en momentos anteriores, que una parte de quienes habían utilizado a los distintos grupos movilizados ocupaba los puestos de poder desde los que habían desmovilizado conscientemente a la sociedad, y que buena parte de los grupos de oposición a Yeltsin, por proceder de sectores conservadores del período inmediatamente anterior, carecía de una tradición en este sentido que hubiera favorecido una movilización capaz de invertir las cosas. El cálculo del presidente Yeltsin y de su entorno, visto el transcurrir de los hechos en las horas siguientes a la declaración inconstitucional, había sido acertado. En esta situación, tan sólo cabía esperar a una rendición del Parlamento al encontrarse sólo y sin apoyos; en cuanto a los posibles movilizados, de igual forma, era de esperar que se cansaran también rápidamente al comprobar el escaso seguimiento de su acción y la inutilidad de cualquier ejercicio de resistencia. No se contó, en cualquier caso, con que la movilización, fracasado el intento de concentrar manifestaciones multitudinarias en todo el país, cambiaría su estrategia con idéntico objetivo de debilitar a la Presidencia e invertir el camino de los acontecimientos.

Los parlamentarios y los grupos que les apoyaban, que no siempre actuaron coordinadamente, fueron conscientes de su delicada situación desde un primer momento. Transcurridos dos días desde la disolución del Parlamento por el Presidente, el mantenimiento de las cosas tal y como estaban establecidas tan sólo podía conducir a la rendición de los parlamentarios ya que el tiempo corría en favor de Yeltsin. En este momento sólo había dos opciones que podían inclinar la balanza en sentido contrario: un apoyo expreso y directo de las fuerzas armadas, o al menos de un sector de ellas, o un levantamiento popular que obligara a Yeltsin a pasar a la acción obligándole a abandonar su estrategia de desprecio absoluto hacia los parlamentarios. Distintos grupos de parlamentarios se pusieron manos a la obra para conseguir el primer objetivo, que los militares se involucrasen en favor suyo. Para ello recorrieron distintas unidades, academias y centros militares, entrevistándose, cuando les fue posible, con oficiales y jefes. Rutskói, desde su condición de militar, puso especial empeño en esta labor. A la segunda posibilidad, aparentemente absurda y que podía conducir justo a lo contrario de

lo pretendido, se entregaron distintos grupos de nacionalistas y neobolcheviques radicalizados. Ya se ha señalado la importancia de Víctor Anpílov en esta movilización que a punto estuvo de conseguir lo pretendido. La acción militar del coronel Térejov, destacado dirigente del Frente de Salvación Nacional, quien intentó asaltar el cuartel general de las fuerzas armadas de la CEI, tendría como respuesta el estrechamiento del cerco policial al Parlamento, controlándose los accesos al mismo. Aunque su acción (el asalto) fracasó, en sus consecuencias (la ruptura de la impasibilidad de Yeltsin y la creación de un cerco visible a la “Casa Blanca”) fue un éxito. Desde el entorno presidencial no se entendió esta maniobra sino como una señal de airada impotencia. De hecho, Yeltsin, ubicado en un nivel distinto, reaccionó convocando una multitudinaria manifestación de apoyo al estilo de las realizadas en los años anteriores. Tras la acción de Térejov las manifestaciones, pequeñas pero contundentes, se multiplicaron en el centro de Moscú en los días siguientes, buscando el enfrentamiento con las fuerzas del orden para crear la sensación de que las cosas se le escapaban a Yeltsin de las manos. Después de varios días de resistencia de los parlamentarios, que vieron reforzada su posición gracias al apoyo de numerosos representantes de los territorios de la Federación y al intento de mediación de la Iglesia Ortodoxa, los días 2 y 3 de octubre se incrementó el tono violento de las manifestaciones.

Analizando la actuación de los parlamentarios, cabe decir que se pasó de una manifestación inicial de resistencia (condenada al desgaste) a una movilización violenta activa (que perseguía, a través de una lógica *acción-represión-acción*, incitar a las fuerzas del orden al uso de la fuerza para trastocar los acontecimientos) que inclinara la balanza del lado del Parlamento. La acción de los dos actores definidos (aunque ya aquí cabría hacer matizaciones, sobre todo en lo que respecta a la composición de los parlamentarios) fue, a todas luces, un tipo de acción interesada que buscaba la victoria de sus posiciones y que, por tanto, puede considerarse como racional. Esta lucha estratégica conduciría, tras las manifestaciones del día 3, al escenario de insurrección que describimos páginas atrás y que obligó al presidente Yeltsin a recabar la ayuda inmediata de las fuerzas armadas. Los numerosos errores de Yeltsin (permitir la concentración frente al Parlamento y las posteriores manifestaciones; la negativa rotunda a la negociación; la total ausencia de preparación de las fuerzas antidisturbios, que facilitó la acción insurrecta de los manifestantes; etc.) allanaron la vía revolucionaria de los partidarios del Parlamento <sup>25</sup>. Paradójicamente, sus errores no le dejaron más salida que el empleo de la fuerza, lo cual permitió su victoria definitiva aunque con un coste humano y político tremendo <sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> La torpeza de la policía en la principal manifestación del día 3, la que consiguió romper el cerco policial que aislaba al Parlamento, queda de manifiesto en los documentos visuales existentes. Véase al respecto, Viacheslav TIJONOV (dir.): *Russkaya taina [Secreto ruso]*, 1996. En cualquier caso, los manifestantes no consiguieron ninguno de los resultados positivos de la acción descritos por la tipología elaborada por Gene Sharp (conversión, acomodación, coerción o desintegración). Al respecto Michael RANDLE: *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Paidós, Barcelona, 1998, págs. 118 y 119. Lo trágico, para los sectores que apoyaron al Parlamento, fue que una oposición no-violenta al golpe, en los términos en que se estableció en las primeras horas, no tenía ningún futuro mientras que una acción violenta, como la que finalmente tuvo lugar, aceleró el triunfo del mismo.

<sup>26</sup> El que el actual sistema político ruso se levantara sobre las ruinas del bombardeado Parlamento es un hecho sobre el que la memoria histórica no tardará en volver.

La acción golpista de Yeltsin, en su desarrollo, fue una operación bien diseñada. De no haberse resistido el Parlamento, su victoria hubiera sido tan rápida como aséptica. No obstante, si en los dos primeros días tras el golpe las cosas transcurrieron conforme a lo previsible, el cambio de estrategia de los grupos que apoyaban a los parlamentarios pudo haber dado al traste con la acción golpista. A partir de este momento, que no había sido previsto y que, por tanto, no se supo neutralizar, a Yeltsin no le quedó más remedio que modificar el guión y recurrir al uso de la fuerza armada, introduciendo un elemento propio de un golpe duro que, sin duda, no aparecía en el libreto inicial. Lógicamente, la intervención militar, que a lo largo de la mañana del día 4 de octubre se dedicó al bombardeo directo del edificio del Parlamento, acabó con los últimos focos de resistencia. En el interior de la “Casa Blanca”, unas decenas de hombres pertrechados con armas ligeras poco pudieron hacer frente a las bombas de los carros de combate y el incendio que asoló a buena parte del edificio. El golpe fue, tanto desde el punto de vista técnico como de los objetivos que se perseguían, totalmente favorable a los intereses de Yeltsin. Sin embargo, los catorce días de tira y afloja entre ambos actores y la sangrienta solución final del conflicto harían mella en la imagen de un Presidente que ya anunciaba el tipo de régimen que pensaba levantar tras su autogolpe.